

Chris Hedges: Cómo surgió el fascismo

CHRIS HEDGES :: 26/12/2024

Trump no anuncia la llegada del fascismo. Anuncia el colapso de la apariencia que enmascaraba la corrupción dentro de la clase dominante y su pretensión de democracia

Durante más de dos décadas, un puñado de personas --Sheldon Wolin, Noam Chomsky, Chalmers Johnson, Barbara Ehrenreich y Ralph Nader-- y yo advertimos que la creciente desigualdad social y la constante erosión de nuestras instituciones democráticas, incluidos los medios de comunicación, el Congreso, los sindicatos, la academia y los tribunales, conducirían inevitablemente a un estado autoritario o fascista cristiano. Mis libros --"American Fascists: The Christian Right and the War on America" (2007), "Empire of Illusion: The End of Literacy and the Triumph of Spectacle" (2009), "Death of the Liberal Class" (2010), "Days of Destruction, Days of Revolt" (2012), escrito con Joe Sacco, "Wages of Rebellion" (2015) y "America: The Farewell Tour" (2018) fueron una sucesión de apasionadas súplicas para tomar en serio la decadencia. No disfruto de tener razón.

"La rabia de los abandonados por la economía, los temores y preocupaciones de una clase media asediada e insegura, y el aislamiento paralizante que conlleva la pérdida de la comunidad, serían el detonante de un peligroso movimiento de masas", escribí en "American Fascists" en 2007. "Si estos desposeídos no se reincorporaran a la sociedad dominante, si finalmente perdieran toda esperanza de encontrar buenos empleos estables y oportunidades para ellos y sus hijos -en resumen, la promesa de un futuro más brillante-, el espectro del fascismo estadounidense acosaría a la nación. Esta desesperación, esta pérdida de esperanza, esta negación de un futuro, llevó a los desesperados a los brazos de quienes prometieron milagros y sueños de gloria apocalíptica".

El presidente electo Donald Trump no anuncia la llegada del fascismo. Anuncia el colapso de la apariencia que enmascaraba la corrupción dentro de la clase dominante y su pretensión de democracia. Él es el síntoma, no la enfermedad. La pérdida de las normas democráticas básicas comenzó mucho antes de Trump, lo que allanó el camino hacia un totalitarismo estadounidense. La desindustrialización, la desregulación, la austeridad, las corporaciones depredadoras sin control, incluida la industria de la salud, la vigilancia generalizada de todos los estadounidenses, la desigualdad social, un sistema electoral plagado de sobornos legalizados, guerras interminables e inútiles, la mayor población carcelaria del mundo, pero sobre todo sentimientos de traición, estancamiento y desesperación, son una mezcla tóxica que culmina en un odio incipiente hacia la clase dominante y las instituciones que han deformado para servir exclusivamente a los ricos y poderosos. Los demócratas son tan culpables como los republicanos.

"Trump y su camarilla de multimillonarios, generales, tontos, fascistas cristianos, criminales, racistas y desviados morales desempeñan el papel del clan Snopes en algunas de las novelas de William Faulkner", escribí en "América: La gira de despedida". "Los Snopes llenaron el vacío de poder del Sur en decadencia y arrebataron sin piedad el control a las élites aristocráticas degeneradas que antes eran esclavistas. Flem Snopes y su extensa

familia --que incluye a un asesino, un pedófilo, un bígamo, un pirómano, un discapacitado mental que copula con una vaca y un pariente que vende entradas para presenciar la bestialidad-- son representaciones ficticias de la escoria ahora elevada al nivel más alto del gobierno federal. Encarnan la podredumbre moral desatada por el capitalismo desenfrenado".

"La referencia habitual a la 'amoralidad', aunque precisa, no es lo suficientemente distintiva y por sí sola no nos permite ubicarlos, como debería ser, en un momento histórico", escribió el crítico Irving Howe sobre los Snopes. "Tal vez lo más importante que hay que decir es que son lo que viene después: las criaturas que emergen de la devastación, con la baba todavía en los labios".

"Si se derrumba un mundo, en el Sur o en Rusia, aparecen figuras de ambición burda que se abren paso desde lo más profundo de la sociedad, hombres para quienes las reivindicaciones morales no son tanto absurdas como incomprensibles, hijos de matones o mujiks que aparecen de la nada y toman el poder gracias a la pura extravagancia de su fuerza monolítica", escribió Howe. "Se convierten en presidentes de bancos locales y presidentes de comités regionales de partidos, y más tarde, un poco engalanados, se abren paso a la fuerza hasta el Congreso o el Politburó. Son carroñeros sin inhibiciones, no necesitan creer en el código oficial desmoronado de su sociedad; sólo necesitan aprender a imitar sus sonidos".

El filósofo político Sheldon Wolin llamó a nuestro sistema de gobierno "totalitarismo invertido", un sistema que conserva la iconografía, los símbolos y el lenguaje antiguos, pero que ha cedido el poder a las corporaciones y los oligarcas. Ahora pasaremos a la forma más reconocible del totalitarismo, dominada por un demagogo y una ideología basada en la demonización del otro, la hipermasculinidad y el pensamiento mágico.

El fascismo es siempre el hijo bastardo de un liberalismo en bancarrota

"Vivimos en un sistema jurídico de dos niveles, en el que los pobres son acosados, arrestados y encarcelados por infracciones absurdas, como vender cigarrillos sueltos (que llevó a que Eric Garner fuera estrangulado hasta la muerte por la policía de la ciudad de Nueva York en 2014), mientras que los crímenes de magnitud atroz por parte de los oligarcas y las corporaciones, desde derrames de petróleo hasta fraudes bancarios por cientos de miles de millones de dólares, que acabaron con el 40 por ciento de la riqueza mundial, se abordan mediante tibios controles administrativos, multas simbólicas y aplicación de la ley civil que otorgan a estos perpetradores ricos inmunidad frente al procesamiento penal", escribí en "América: la gira de despedida".

La ideología utópica del neoliberalismo y el capitalismo global es una gran estafa. La riqueza global, en lugar de distribuirse equitativamente, como prometieron los defensores del neoliberalismo, se canalizó hacia arriba a las manos de una élite oligárquica rapaz, alimentando la peor desigualdad económica desde la era de los barones ladrones. Los trabajadores pobres, a los que les quitaron sus sindicatos y sus derechos y cuyos salarios se estancaron o disminuyeron en los últimos 40 años, se han visto empujados a la pobreza crónica y al subempleo. Sus vidas, como relata Barbara Ehrenreich en "Nickel and Dimed", son una larga y estresante emergencia. La clase media se está evaporando. Las ciudades

que antes fabricaban productos y ofrecían empleos fabriles son ahora terrenos baldíos tapiados. Las cárceles están abarrotadas. Las corporaciones han orquestado la destrucción de las barreras comerciales, lo que les ha permitido esconder 1,42 billones de dólares en ganancias en bancos extranjeros para evitar pagar impuestos.

El neoliberalismo, a pesar de su promesa de construir y difundir la democracia, rápidamente destripó las regulaciones y vació los sistemas democráticos para convertirlos en leviatanes corporativos. Las etiquetas "liberal" y "conservador" carecen de significado en el orden neoliberal, como lo demuestra un candidato presidencial demócrata que se jactó de haber recibido el apoyo de Dick Cheney, un criminal de guerra que dejó el cargo con un índice de aprobación del 13 por ciento. El atractivo de Trump es que, aunque vil y bufón, se burla de la bancarrota de la farsa política.

"La mentira permanente es la apoteosis del totalitarismo", escribí en "América: La gira de despedida":

Ya no importa lo que es verdad. Importa sólo lo que es "correcto". Los tribunales federales están llenos de jueces imbéciles e incompetentes que sirven a la ideología "correcta" del corporativismo y a las rígidas costumbres sociales de la derecha cristiana. Desprecian la realidad, incluida la ciencia y el estado de derecho. Buscan desterrar a quienes viven en un mundo basado en la realidad definido por la autonomía intelectual y moral. El régimen totalitario siempre eleva a los brutales y estúpidos. Estos idiotas reinantes no tienen una filosofía política genuina ni objetivos. Utilizan clichés y lemas, la mayoría de los cuales son absurdos y contradictorios, para justificar su codicia y su sed de poder. Esto es tan cierto para la derecha cristiana como para los corporativistas que predicán el libre mercado y la globalización. La fusión de los corporativistas con la derecha cristiana es la unión de Godzilla con Frankenstein.

Las ilusiones que se venden en nuestras pantallas, incluida la personalidad ficticia creada para Trump en *The Apprentice*, han reemplazado a la realidad. La política es burlesca, como lo ilustró la campaña insulsa y llena de celebridades de Kamala Harris. Es humo y espejos creados por el ejército de agentes, publicistas, departamentos de marketing, promotores, guionistas, productores de televisión y cine, técnicos de video, fotógrafos, guardaespaldas, consultores de vestuario, entrenadores físicos, encuestadores, locutores públicos y nuevas personalidades de la televisión. Somos una cultura inundada de mentiras.

"El culto al yo domina nuestro paisaje cultural", escribí en "Empire of Illusion":

Este culto tiene en sí los rasgos clásicos de los psicópatas: encanto superficial, grandiosidad y autoimportancia; La necesidad de estimulación constante, la tendencia a mentir, engañar y manipular, y la incapacidad de sentir remordimiento o culpa. Ésta es, por supuesto, la ética que promueven las corporaciones. Es la ética del capitalismo desenfrenado. Es la creencia equivocada de que el estilo personal y el progreso personal, confundidos con el individualismo, son lo mismo que la igualdad democrática. De hecho, el estilo personal, definido por los bienes que compramos o consumimos, se ha convertido en una compensación por nuestra pérdida de igualdad democrática. Tenemos derecho, en el culto al yo, a conseguir todo lo que deseamos. Podemos hacer cualquier cosa, incluso menospreciar y destruir a quienes nos rodean, incluidos nuestros amigos, para ganar

dinero, ser felices y volvernos famosos. Una vez que se alcanza la fama y la riqueza, se convierten en su propia justificación, su propia moralidad. Cómo se llega a ellas es irrelevante. Una vez que se llega allí, esas preguntas ya no se hacen.

Mi libro "Empire of Illusion" comienza en el Madison Square Garden, durante una gira de la World Wrestling Entertainment. Entendí que la lucha libre profesional era el modelo para nuestra vida social y política, pero no sabía que produciría un presidente.

"Los combates son rituales estilizados", escribí, en lo que podría haber sido una descripción de un mitin de Trump:

Son expresiones públicas de dolor y un ferviente anhelo de venganza. Las sagas escabrosas y detalladas detrás de cada combate, más que los combates de lucha en sí, son lo que lleva a las multitudes al frenesí. Estas batallas ritualizadas brindan a los que se agolpan en los estadios una liberación temporal y embriagadora de las vidas mundanas. La carga de los problemas reales se transforma en forraje para una pantomima de alta energía.

No va a mejorar. Las herramientas para acallar la disidencia se han consolidado en su lugar. Nuestra democracia se derrumbó hace años. Estamos en las garras de lo que Søren Kierkegaard llamó "enfermedad de muerte": el entumecimiento del alma por la desesperación que conduce a la degradación moral y física. Todo lo que Trump tiene que hacer para establecer un estado policial desnudo es accionar un interruptor. Y lo hará.

"Cuanto peor se vuelve la realidad, menos quiere oír hablar de ella una población asediada", escribí al final de "El imperio de la ilusión", "y más se distrae con pseudoeventos sórdidos de crisis de celebridades, chismes y trivialidades. Son los festejos desenfrenados de una civilización moribunda".

MintPress News

<https://www.lahaine.org/mundo.php/chris-hedges-como-surgio-el>